
AGRICULTORES Y METALÚRGICOS EN EL VALLE DE HUECAS (TOLEDO)

PRIMITIVA BUENO RAMIREZ, ROSA BARROSO BERMEJO
Y RODRIGO DE BALBÍN BEHRMANN

*Departamento de Historia I. Universidad de Alcalá de Henares
c/ Colegios nº 2. 28801 Alcalá de Henares, Madrid.
www.uah.es*

Los proyectos de investigación siempre dependen para su éxito de una serie de factores, más allá de la consistencia de sus propuestas teóricas o metodológicas. Nos referimos a los apoyos sociales, políticos, mediáticos y solidarios.

Gracias a este último podemos presentar una vuelta más de tuerca sobre los yacimientos del Valle de Huecas. La empresa *ANTHROPOS S.L.*, que ha demostrado sobradamente su interés por la difusión del patrimonio castellano-mancheño (ver publicaciones en: <http://www.estudio-arqueologia.es/>), fue contactada para la realización del preceptivo informe de impacto ambiental con motivo de la inserción de un tubo colector entre Huecas y Rielves, siguiendo la trayectoria del arroyo de Huecas.

Su dirección tomó inmediatamente la decisión de ponerse de acuerdo con el equipo de arqueólogos de la Universidad de Alcalá de Henares, y hacer de esta intervención un proyecto de investigación, como apoyo al trabajo que venimos realizando desde 1998. No resulta común que una empresa de arqueología sobrepase sus intereses económicos en aras a dotar de contenido y riqueza un proyecto de investigación en curso. Ni que emplee sus recursos personales en avalar un presupuesto de grandes dificultades de consecución con la financiación que solemos manejar.

Por eso es de justicia comenzar por explicitar el papel desinteresado de *ANTHROPOS, S.L.* y su decidida idea de dimensionar una actuación que pudo ser circunstancial. La capacidad de comprensión de esta dimensión patrimonial por parte de la empresa *DRACE Medioambiente*, concesionaria del trayecto del

mencionado tubo colector, ha tenido también un protagonismo imprescindible pues son ellos los principales apoyos económicos de esta intervención y de la publicación de sus resultados.

Esas excepcionales circunstancias explican este volumen, que concita el esfuerzo personal de los componentes del equipo de Huecas, asociado al de la empresa *ANTHROPOS S.L.*. Una confluencia no sólo en la publicación de los resultados de cada uno de los profesionales de estos equipos, sino también en el diálogo y valoración conjunta de las distintas visiones de la arqueología, de su dimensión patrimonial o de las analíticas que contribuyen a comprenderla y a afrontarla.

Los datos obtenidos en los intensos meses que hemos dedicado a la elaboración del proyecto “*Estudio Paleoambiental del Valle de Huecas*” han aportado sensibles mejoras al conocimiento de los grupos de la Prehistoria Reciente del Valle de Huecas. Y éstas se dirigen a cuestiones de distinto calado conectadas tanto con la necesidad de divulgación patrimonial de calidad, como con la valoración de los paisajes antiguos de la producción.

La perspectiva de difusión patrimonial, en la que *ANTHROPOS, S.L.* posee un largo recorrido, puso sobre la mesa la necesidad de aportar imágenes de apoyo a un discurso divulgador de las huellas de habitación y sepulturas del Valle a lo largo de la Prehistoria Reciente. Así comenzó nuestra relación con Balawat, una empresa infográfica que ha realizado interesantes trabajos sobre reconstrucciones virtuales de episodios históricos de la comunidad castellano-manchega. Una visita a su página deja clara la trayectoria de su equipo que, en esta ocasión, se ha atrevido con construcciones menos ampulosas que las del mundo romano o medieval a las que está más acostumbrada; y, mano a mano, casi a diario con los miembros del equipo de Alcalá, han elaborado las imágenes que constan en este volumen y en su página web (<http://www.balawat.com/>).

Precisamente la incorporación del uso de recursos a la red, una de las herramientas más útiles y consultadas por el conjunto de la población estudiantil, es una labor muy necesaria a la que hemos querido contribuir. Para ello Balawat ha realizado una pequeña presentación partiendo de las imágenes ya señaladas, que es accesible desde su Web, al igual que desde la Web de *ANTHROPOS, S.L.* (<http://www.estudio-arqueologia.es/>), o desde la del Área de

Prehistoria de la UAH (<http://www.historia1yfilosofia.es/profesorado.htm>). Este es un camino, el del acceso libre a información divulgativa, y no necesariamente vulgarizadora, que habremos de trillar más ampliamente los que nos dedicamos al estudio del pasado. Contamos ahora con un conjunto social de mayor formación que tiene gran interés por el conocimiento del pasado y debemos afrontar la obligación de dotarlo de contenido para evitar versiones mistificadoras, innecesarias si hubiese más información en la red del tipo de la que ahora aportamos para los yacimientos de Huecas,

Cierto que no es fácil solventar los problemas de autoría y cita, pues el trabajo al que aludimos es una elaboración conseguida a partir de años en el campo, pero consideramos que los beneficios que reporta palián los problemas que presenta. Y confiamos en que el uso de estos recursos en la red también forme parte de las citas científicas, porque la evidencia de su crecimiento es manifiesta (Bueno, 2006).

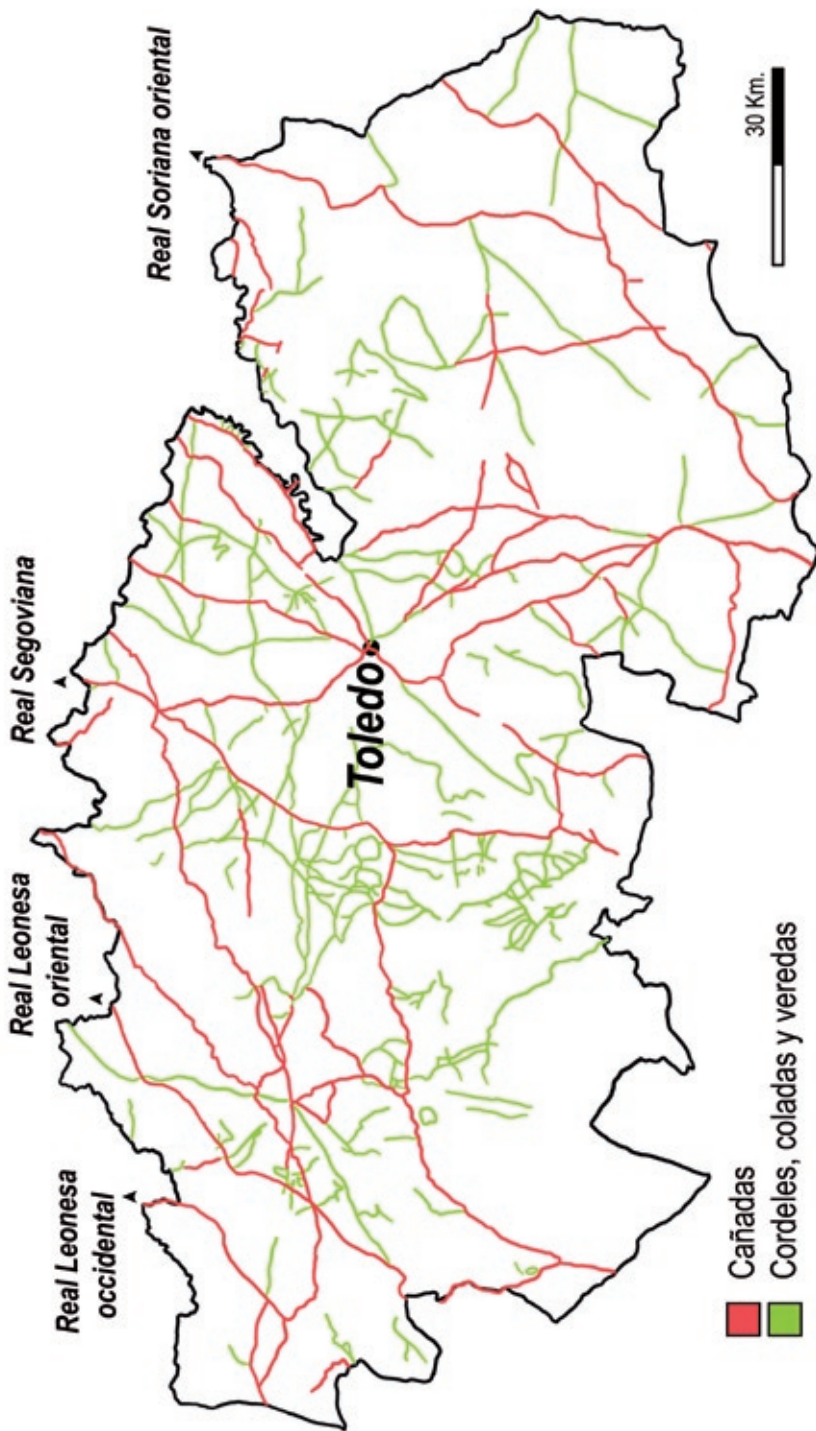
A la imagen virtual que ilustra el comportamiento de generaciones de agricultores y metalúrgicos en Huecas sumamos una serie de preguntas a las que parecía necesario enfrentarse en este proyecto; esencialmente aquellas relacionadas con la reconstrucción paleoambiental de la zona lacustre que preside el poblamiento agropastoril documentado en el Valle de Huecas.

Afrontar este reto a partir del apoyo explícito de *ANTHROPOS, S.L.* ha sido una tarea gratificante que ha conducido a resultados novedosos en el marco del Calcolítico del interior peninsular, y que puede plantearse como modelo de reflexión sobre el uso cultural de los paisajes antiguos en todo el interior de la Península Ibérica.

El “desierto” de la Prehistoria Reciente de la Meseta:

Las zonas interiores de la Península Ibérica han gozado de poca investigación acerca de sus tiempos prehistóricos. Menos aún en la etapa que se refiere a los grupos que ya conocían la agricultura y la metalurgia.

Y ello por una serie de prejuicios muy afirmados en la historiografía tradicional, que sostenían la ausencia casi total de una demografía señalada. Serían pequeños conjuntos de pastores trashumantes los protagonistas de una vida



Mapa con las cañadas, cordales, coladas y veredas de la provincia de Toledo

esencialmente nómada, que impidió establecimientos más continuados y una complejidad social que poco a poco iba despuntando en las zonas costeras peninsulares.

Los focos de la producción agrícola, el Levante -esencialmente la zona de Valencia-, y de la metalurgia -el Sureste-, quedaban alejados física y culturalmente de un interior entendido como el desolado lugar de paso de hombres y animales, con desconocimiento total de la agricultura del trigo y escaso uso de la metalurgia, hasta momentos muy avanzados del registro prehistórico.

Así las fronteras intelectuales definidas por la generación de la segunda mitad del siglo XX, profundamente imbuida por la interpretación difusionista aplicada a los fenómenos históricos, ha marcado el sesgo de las líneas de trabajo en la Prehistoria Reciente ibérica.

En los últimos años algunos equipos de investigación, como el nuestro, han ido configurando una serie de argumentos arqueológicos e ideológicos, para insistir en la necesidad de programas de investigación en lugares propicios para el desarrollo de sistemas agropecuarios antiguos.

Los elementos fundamentales de la vida, el agua, fuentes de sal y de otras materias primas se encuentran en las zonas interiores de modo abundante. De ahí que proponernos, a partir de los trabajos en el Valle de Huecas, la estrecha relación entre los humedales y los grupos humanos productores resulta un ejercicio muy interesante.

Los grandes valles que caracterizan la llanura terciaria del Tajo son el paisaje más habitual de los poblados de fondos de cabañas, que vienen documentándose desde el siglo XIX en los entornos de Madrid, en Toledo, en Cáceres y en algunas zonas de Guadalajara. Las sucesivas huellas circulares de habitaciones y silos se interpretaron como el asentamiento de pequeños grupos humanos de carácter trashumante y pocas posibilidades económicas y culturales. Eso explicaba los sencillos registros cerámicos y líticos, y la escasez de sepulturas.

Los habitantes del interior se reconstruyeron, pues, como escasos desde el punto de vista demográfico, pobres desde el punto de vista económico y marginales desde el punto de vista cultural. Nada cambiaba en su sistema de vida hasta bien avanzada la Edad del Bronce.

Nuestro grupo de investigación, por el contrario, se centró en trabajar en la cuenca interior del río Tajo, uno de los más importantes ríos de la Península Ibérica, que tiene en su sector Oeste el conjunto poblacional más destacado para valorar la transición de los sistemas de cazadores-recolectores a los sistemas productores. En definitiva un área de enorme pujanza cultural a lo largo de la Prehistoria de la que nos parecía imposible que el resto de la cuenca hubiese estado totalmente al margen.

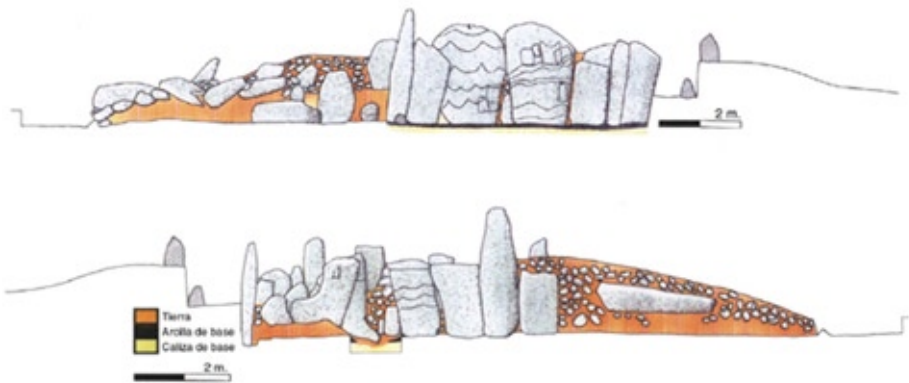
Más aún de valorar las posibilidades de fácil conexión entre los caminos tradicionales de la Península Ibérica que unen el Este con el Oeste y el Norte con el Sur. Éstos pueden rastrearse a través de las cañadas, la red de caminería trashumante de la Edad Media que se asienta en los itinerarios recogidos igualmente por los romanos. Se trata, sobre todo, de las zonas de paso más factibles.

Desde los años 80 hemos llevado a cabo diversos proyectos relacionados con el megalitismo, pues enterrar a los fallecidos en monumentos de grandes piedras es una de las costumbres de mayor arraigo desde el Neolítico al Bronce. Y la que más reflexiones podría plantearnos para analizar largas secuencias cronológicas, por el fuerte contenido ideológico del que los vivos dotan a la muerte (Bueno *et al.*, 2006).

En ese momento, Toledo se entendía desprovista de megalitos y, por supuesto, de la población contemporánea a ellos. Los dólmenes de Azután, La Estrella, Navalcán y los aún no investigados en el Norte y Noroeste de la provincia (Bueno, 1991; Bueno *et al.*, 2005a: 21) son sólo la punta del iceberg de un fenómeno que muestra un altísimo nivel social, cultural y demográfico.

Si bien el desarrollo de nuestro trabajo de campo ha debido ceñirse a la exigua inversión de las entidades administrativas, hemos podido demostrar no sólo la presencia de megalitos en Toledo, sino la monumentalidad de sus expresiones, la calidad de sus programas gráficos o lo antiguo de sus cronologías, en línea con las más viejas cronologías europeas y peninsulares.

El dolmen de Azután es, a día de hoy, el más grande de los conocidos en la Meseta Sur, el monumento con una secuencia C14 más completa y con el programa gráfico mejor conservado. En la actualidad está a la espera de un programa de consolidación y restitución de volúmenes, con acceso para el público y la correspondiente información.



Dolmen de Azután, Toledo y secciones con los calcos de los ortostatos decorados, según Bueno et al. 2005a

Los espectaculares menhires del dolmen de Navalcán inciden en el valor patrimonial de estos monumentos. Estamos convencidos de que una inversión mayor en el conocimiento de los megalitos toledanos, de los que hay ya muchos indicios, revelaría un importante grupo, totalmente equiparable al que conocemos en la Meseta Norte y, muy próximo culturalmente al del Oeste.



Dolmen de Navalcán y fotos y calcos de sus menhires. Fotos R. de Balbín

Un megalitismo del tenor del que describimos debía poseer una variabilidad arquitectónica similar a los conjuntos occidentales; algo que los trabajos en Huecas han venido a corroborar de modo muy notable. El nivel de enterramientos localizados entre el Valle de Huecas y la necrópolis de Valle de las Higueras es un buen argumento para consolidar la dinámica demográfica y cultural de todo el sector desde el V al III milenio en cronologías calibradas.



Fotografía aérea del valle del Huecas con la posición del túmulo y de la necrópolis de valle de las Higueras. Foto Ángeles Carrasco.

Efectivamente, en ese paisaje de impresionantes y abiertas llanuras vinculadas al Tajo o a sus afluentes, como el Arroyo de Huecas, comenzamos a trabajar a finales de los años 90, pero no en los fondos de habitación -como es lo habitual-, sino en los enterramientos, cambiando con ello la imagen tradicional de la pobreza de los agricultores y metalúrgicos del interior de la Península Ibérica.

Agua y vida

El caso es que la zona interior tiene muchas posibilidades no exploradas de asentamientos antiguos, pues confluyen en ella de modo natural los embalsamientos de agua dulce o lagunas interiores que le han dado fama por otras causas.

Todos llevamos en nuestras mentes infantiles la imagen del paraíso, aquel lugar en el que hombres y animales compartían espacio con el agua y un clima maravilloso. Y aunque esta imagen bucólica tenga el inconveniente de ser sólo eso, lo cierto es que la ineludible asociación del agua a la vida hace que los lugares que poseen esta riqueza sean un nicho idóneo de cultura. No hay que olvidar que una parte de la hipótesis del origen de la agricultura en Oriente se basa, precisamente, en el valor de los oasis como aglutinadores de vida animal y humana.

Sin pretender sacar de contexto las teorías al uso, lo cierto es que estos valles de sustrato calizo, con plataformas de recepción de las aguas de superficie de este tipo de terrenos, constituyen una base excepcional para la concurrencia de hombres y animales. Si a ello sumamos, los recursos en sílex, que en algún caso se explotaron de modo sistemático (Consuegra *et al.* 2004), los recursos de sal, que sabemos fueron uno de los elementos del auge económico de Ciempozuelos (Valiente *et al.* 2002) -y lo sería también en el caso de Huecas (Uribelarrea *et al.* en este volumen)-, o la fertilidad de la tierra, disponemos de elementos básicos no sólo para el desarrollo de las culturas humanas, sino para el sostenimiento de un asentamiento más constante del que tradicionalmente se ha venido aceptando (Bueno *et al.* 2002, 2005a).

La tradición de estudio de los humedales manchegos se ha centrado de modo mayoritariamente en el área oriental de La Mancha (Poblete y Serrano, 1991) y casi exclusivamente en su flora o, todo lo más, en su fauna.

No existe ningún trabajo que aúne los datos arqueológicos y los paleoambientales como sistema de reconstrucción de los paisajes antiguos asociados al agua en la Meseta Sur.

De ahí que los que se recogen en este volumen posean un inédito valor al conjuntar aspectos paleoclimáticos, geológicos y arqueológicos, constatando el sólido recorrido diacrónico de las explotaciones agropecuarias de la zona centro ibérica.

Una mirada a nuestro alrededor, a los yacimientos más próximos a Huecas, insiste en ese valor -el agua-, como fuente de sustento de los asentamientos humanos. Tanto los ricos yacimientos calcolíticos del Sur de Madrid como los entornos de la Laguna de la Janda o, más al Norte, los famosos yacimientos del Valle de Ambrona (Rojo *et al.*, 2005), en Soria, son todos enclaves deudores de su presencia, y de la facilidad que su remansamiento en área lagunares supuso para las organizaciones agropecuarias que se establecieron en su derredor.

De ahí que analizar desde variadas perspectivas la laguna del Valle de Huecas contribuya a rescatar y a comprender parte de un pasado atrapado en sus tierras, que hemos intentado desentrañar a lo largo de estos diez últimos años.

La antigüedad de las ocupaciones en torno al humedal de Huecas permite además reflexionar sobre la realidad de prolongados asentamientos habitacionales, que ha sido el sistema recurrente de la historia de nuestras poblaciones. El devenir constante de generaciones aferradas a la tierra como sistema de vida es el que podemos demostrar en el Valle de Huecas. Los hijos vivieron junto a sus padres, acompañándoles en el trabajo de la tierra y heredándola, como ellos la habían heredado a su vez, de los suyos.

Metodología de los trabajos arqueológicos

La conciencia de que los arqueólogos vamos levantando capas sucesivas desde el pasado más reciente al más antiguo, la tenemos todos en mayor o menor medida. Pero nuestra ciencia no consiste exclusivamente en excavar

con mejor o peor acierto la tierra que está bajo nuestros pies, sino, y sobre todo, en entender qué pasó, pensar cómo se hicieron las cosas, aportar ideas de porqué y proponer cuando.

Con ese espíritu nació el proyecto de Huecas, que ahora se enriquece con la aportación de la empresa *ANTHROPOS, S.L.*

A veces las barreras se superan haciéndose otras preguntas o, cuando menos, cambiando algo las preguntas habituales. Por eso nuestra estrategia de investigación se planteó con una serie de premisas y elaboraciones empíricas que contaban con la estrecha colaboración de una serie de profesionales de todos los campos (Bueno *et al.* 2005b).

Si el famoso desconocimiento del trigo en el interior se debía, entre otras muchas consideraciones, a la falta de analíticas, habríamos de multiplicar éstas manejando todas las opciones posibles. De ahí que no sólo realizamos los análisis clásicos de pólenes fósiles, a cargo del equipo de J.A. López Sáez (en este volumen), sino que también fueron estudiados por el mismo equipo los hongos coprófilos; es decir, los que se albergan en las heces de los animales, para saber si estuvieron estabulados en el entorno de las cabañas. En el Museo de Como se estudiaron los restos de carbón vegetal (antracología) para conocer mejor el entorno y su explotación por parte de los habitantes del valle y se flotaron las tierras obtenidas de las cabañas en las que vivieron para localizar semillas (Carpología). Con el fin de saber qué habían contenido durante su uso enviamos algunas de las vasijas mejor conservadas al laboratorio de Arqueología de la Alimentación de la Universidad de Barcelona, dirigido por J. Juan Treserras.

Con todo ello pudimos afirmar (Bueno *et al.*, 2002 y 2005b) que los primeros habitantes del valle conocían el trigo, la cebada y las legumbres explotaban el entorno florístico de la dehesa y lo aprovechaban para apacentar sus animales, cuyos restos han sido estudiados por C. Liesau (en este volumen).

Otros profesionales han colaborado para esbozar un espectro económico más amplio. David Uribelarrea (en este volumen) ha verificado la geología del Valle situando fuentes de sal y de sílex, Salvador Rovira e Ignacio Montero han analizado la metalurgia y S. Domínguez (Domínguez, e.p.), con el estudio de la procedencia de materiales de trabajo y de adorno, ha dado pie para que podamos fijar las relaciones de intercambio más cercanas y las más lejanas de los habitantes del Valle de Huecas.



El Túmulo del Castillejo antes de su excavación. Foto R. de Balbín.

La prospección intensiva se desarrolló siguiendo sistemáticas tradicionales (Prada y Utrilla, e.p.), ofreciendo una serie de indicios que nos permitían valorar núcleos compactos, especialmente en el área de Los Picos-Fontarrón, en Los Regajos y al pie del Valle de las Higueras. Éstos se remitían a hallazgos georreferenciados en prospecciones al uso y a la lectura de fotografías aéreas realizadas desinteresadamente por Tomás Castro y M^a Ángeles Lancharro.

Por otro lado contábamos con los resultados del estudio mediante magnetómetro, realizado por D. Wheatley y su equipo de la Universidad de Southampton (e.p.), en la necrópolis de Valle de las Higueras. Sus previsiones, contrastadas en la campaña del 2008, aconsejaban implementar metodologías del mismo tipo pero con otros equipos electromagnéticos, a fin de incrementar las posibilidades de detección.

En ese ámbito encaja el estudio geofísico encargado a Gypsia s.l., que ha añadido concreciones fundamentales para el desarrollo del proyecto y para la valoración de todos los datos que venimos publicando, en contextos habitacionales más acordes con un nivel demográfico similar al de los grandes yacimientos del Sur y el Oeste peninsular (Bueno *et al.* 2007a).

Otro de los elementos más inéditos, la demografía de la Prehistoria Reciente del interior, tiene en Huecas uno de sus más espectaculares resultados. La potencialidad de información de las sepulturas excavadas posee en la excelente conservación de la materia orgánica en medios calizos una de sus mejo-

res bazas. Gracias a eso y al concienzudo trabajo de F. Etxeberría, L. Herrasti, A. González y M. Campo sabemos que fueron enterrados hombres, mujeres y niños en las necrópolis de Huecas. La aplicación de análisis de paleodieta realizados por G. Trancho y B. Robledo nos ha permitido conocer directamente sus costumbres alimenticias (Bueno *et al.* 2002, 2005b).

Del respeto por sus muertos da cuenta el cuidado con que fueron enterrados y las privilegiadas posiciones que ocuparon las tumbas en el lugar donde se desarrollaba la vida cotidiana: el gran valle del Tajo.

Vivos y muertos

Decíamos que comenzamos nuestro trabajo en Huecas por las sepulturas, precisamente el aspecto más inédito, el funerario, de poblaciones semejantes detectadas en todas las llanuras interiores.

De El Castillejo había recibido un aviso por parte de Rodolfo Félix, el Servicio de Patrimonio de la Junta de Castilla-La Mancha a causa del afloramiento de restos humanos. El informe preliminar de J. M. Rojas y R. Villa nos situó en Huecas ante la posibilidad de que se tratase de un túmulo megalítico (Bueno *et al.* 1999).

Su posición en la única altura algo sobresaliente del extremo Sur del Valle de Huecas nos llamó la atención desde el primer momento. Su fuerte coloración oscura se alzaba sobre un extremo del humedal, incluyéndose en el marco de un clásico paisaje de las llanuras terciarias del interior peninsular, que proyectaba una imagen de áreas poco destacadas.

Hace algún tiempo escribíamos que el Túmulo del Castillejo se elevaba sobre el llano del Valle de Huecas, y que para acceder a él habría que pasar parte del humedal, cual laguna Estigia, tras la que se ubicaba el lugar de los muertos (Bueno *et al.* 1999). Los datos geológicos y la explicativa figura del trabajo de Uribe Larrea *et al.* (en este volumen) no dejan lugar a dudas de la destacada presencia del “edificio” que ocupaban los restos de los ancestros.

En ese paisaje de cabañas y sepulturas de la primera terraza del Arroyo de Huecas, unos 2 m. por encima de la perspectiva actual, vivieron sucesivas generaciones del producto de la tierra y de la crianza de animales.

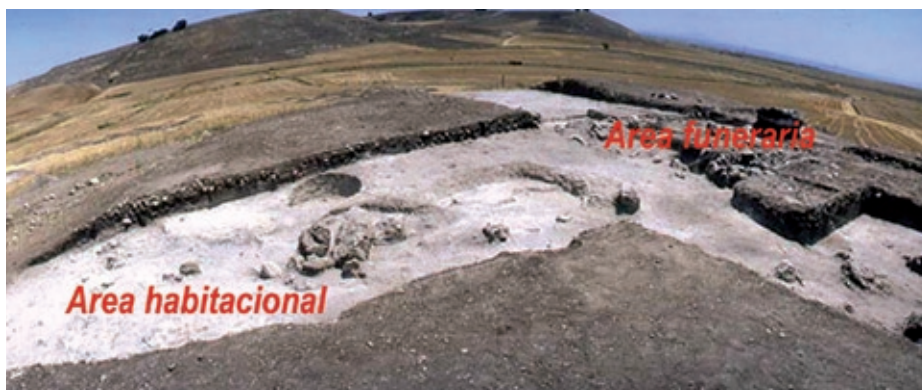


Foto del entorno del Valle de Huecas con la situación de El Castillejo y Cerro Redondo al fondo. Foto R. de Balbín

Siempre trabajamos partiendo de la base de que los enterramientos megalíticos son el lugar visible de asentamientos humanos (Bueno *et al.* 2002), de modo que en los casos en los que las circunstancias administrativas y de propiedad lo permiten, delimitamos grandes cortes en el entorno de las sepulturas. Y ésto fue lo que hicimos en El Castillejo, localizando el primer yacimiento del Sur peninsular en el que la asociación de espacio funerario-espacio habitacional, está totalmente confirmada.

Nuestro objetivo es aportar hipótesis fundamentadas acerca de lo que fueron y los modos de uso de los yacimientos que excavamos. Por ello sugerimos en los dibujos adjuntos, elaborados por Balawat, una posible reconstrucción de la arquitectura de El Castillejo a partir de nuestras observaciones de campo. En otros lugares hemos descrito lo que queda de ella (Bueno *et al.* 1999 y 2004)

En la zona más alta del cerrito se realizó una sencilla cámara funeraria de marcada tendencia circular. El derrumbe de sus paredes era total pues lo que podíamos apreciar en la excavación era la posición de los restos humanos al interior de una endeble delimitación pétreo realizada con piezas medianas y pequeñas. Sólo dos ortostatos debieron tener lugar en el edificio. Uno en el lateral sur que aún se conserva aunque tumbado, y otro enfrente del que sólo quedaba su fosa.



Excavación del túmulo del Castillejo con la localización del área de habitación y el área funeraria. Foto R. de Balbín



Recreación de la sección del túmulo del Castillejo, Huecas, realizada por Balawat.

Tendríamos, pues una cámara con un zócalo no mayor a 1m, compuesta por dos pilares más sólidos, de caliza, y con paredes de un remontaje irregular de piedra pequeña y barro. La idea de que estuviese cubierta con una cúpula del mismo estilo se basa en la enorme cantidad de piedra y barro localizada en el transcurso de la excavación entre los restos humanos, lo que nos hace pensar que se trataría del desprendimiento de la cubierta, como refleja la imagen de Balawat.

Un pequeño murete separa los cadáveres situados al Este, que además están a algo más de profundidad, de los del Oeste. Parecería que los pocos restos que quedan en el Oeste son los primeros depositados. De hecho la fecha



Recreación de una vista cenital del enterramiento del Túmulo del Castillejo, Huecas, realizada por Balawat.

C14 más antigua procede de uno de ellos. Mientras que en un momento posterior se excavó una fosa en la mitad de la cámara, separada por el mencionado murete, y se agolparon muchos enterramientos en ese sector en cronologías muy próximas a los inicios del III milenio cal.B.C.

En la imagen anterior se incluye otro interesante aspecto de los enterramientos que nos ocupan. Sabemos que era común tapar con tierra las arquitecturas en las que se introducía a los muertos, lo que en su momento debía producir una imagen muy cercana a las cuevas. Esta montaña artificial, llamada túmulo, contribuiría a ofrecer una imagen del depósito de los ancestros muy similar a la de las cuevas. Se entraría a la cámara por un pequeño acceso, casi siempre orientado al Este o Este-Sureste. De la luz se llegaría a las tinieblas en un viaje definitivo.

La cámara principal de El Castillejo contenía más de una decena de cadáveres colocados en posición encogida.

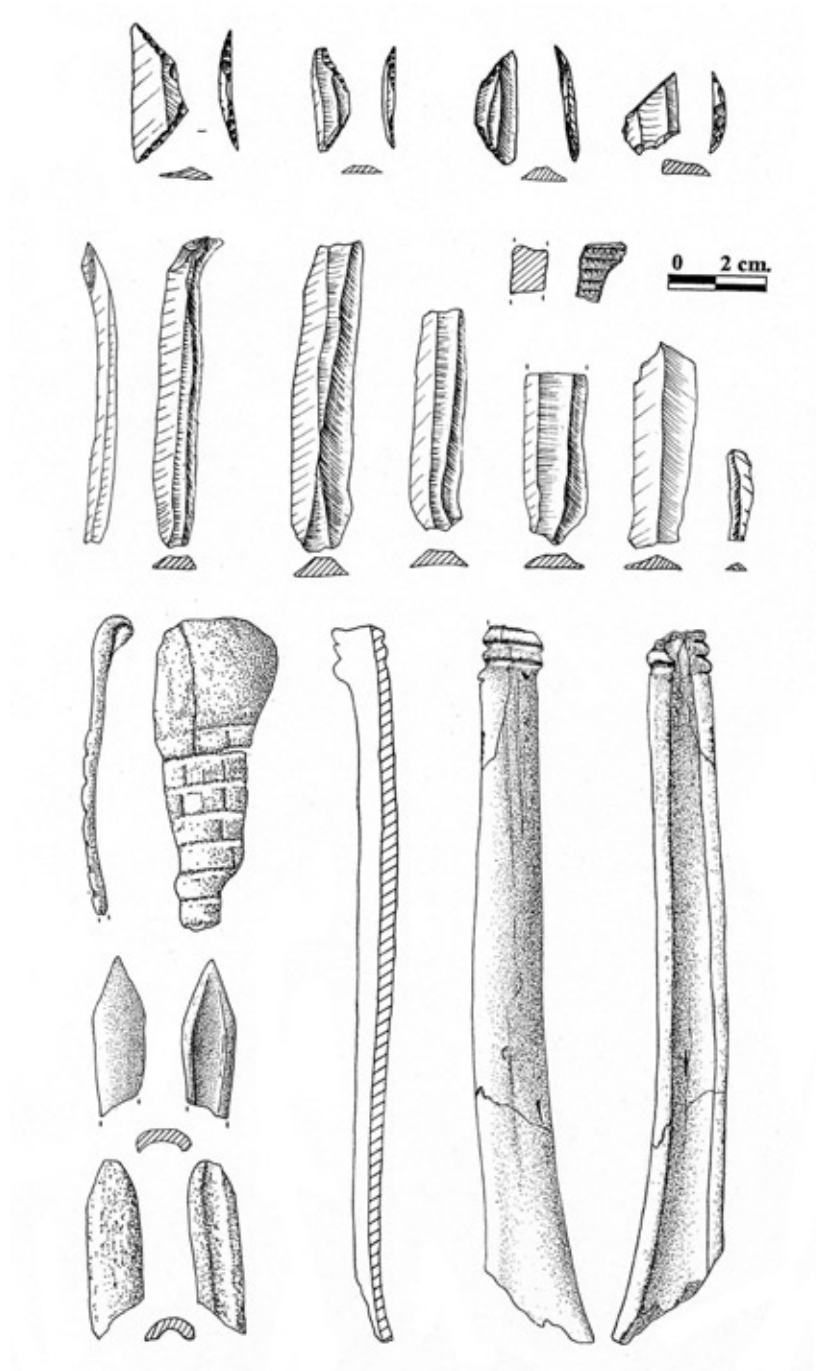
No es fácil en restos tan antiguos establecer delimitaciones sexuales, por lo que pese a que los especialistas sospechan que hubo alguna mujer enterrada, no pueden certificarlo con exactitud. Por el contrario sí sabemos que había niños incorporados al depósito funerario.

Los análisis de Paleodieta realizado por G. Trancho y B. Robledo (Bueno *et al.*, 2002), certifican el consumo generalizado de cereales, apoyado por el de frutos secos, que tenemos constatado en la presencia de harina de bellota en un molino del área de habitación próxima. Algunos indicios permiten suponer un cierto papel de la alimentación piscícola, que tendría en la proximidad del humedal de Huecas una fuente cercana de aprovisionamiento.

La intervención humana en el paisaje resulta perceptible en los niveles con cenizas que preceden a la construcción del monumento, como se recoge en el capítulo de López Sáez *et al.* (en este volumen). Y si bien este tipo de episodios podrían conectarse con las sistemáticas de tala y roza aplicadas a la interpretación de las agriculturas antiguas (Fábregas *et al.* 1997), no hemos de olvidar la función funeraria del recinto que estamos analizando para valorar estas quemas como preparaciones previas del terreno a construir.

Parte de los inhumados estaban acompañados por hojitas y microlitos en sílex, útiles punzantes que se entienden en relación con la caza y con la guerra. Ninguno llevaba adornos y sólo un par de fragmentos de mangos de espátula tallados en huesos de ovicáprido destacan como objetos especiales, pues sabemos que constituían ofrenda habitual en enterramientos del mismo estilo documentados en la Meseta Norte (Bueno *et al.*, 2006).

En un momento posterior se hizo una camarita más pequeña al Sureste de la central, incluso rompiendo algo la pared de ésta. El sistema de las paredes tenía un remontaje algo más sólido, pues las piezas escogidas eran de mayor tamaño. Su diámetro de en torno al metro justifica el diminutivo que utilizamos. En su interior dos individuos, uno más joven -sobre los 18 años- y otro adulto, compartían un ajuar, ésta vez con cerámica campaniforme y algunas piezas líticas. La fecha C14 realizada sobre el cráneo del chico fija este enterramiento en la mitad del III milenio cal. BC., cerrando la historia de una sepultura cuyos primeros usos se relacionan con la segunda mitad del V milenio cal. BC. En esa pequeña estructura tenemos un enterramiento secundario, el del adulto, que se depositó después de estar descarnado. La hipótesis de que se



Materiales líticos y óseos procedentes del enterramiento del túmulo de El Castillejo, Huecas, a partir de Bueno et al. 2006



Cabaña del túmulo del Castillejo con el fuego de su área central. Foto R. de Balbín

tratase de los restos reducidos de un familiar es muy convincente, y se acerca mucho a nuestra propia comprensión de la muerte.

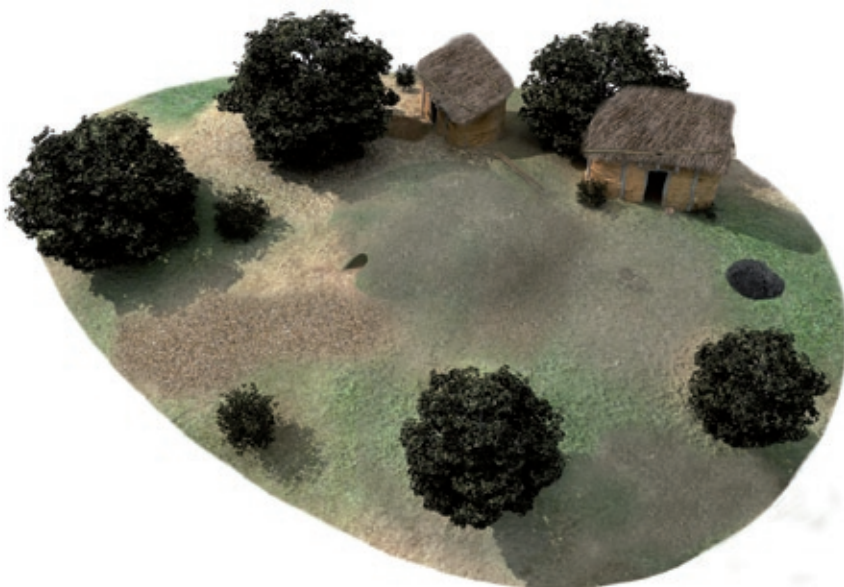
Nos encontramos, por tanto, en un panteón colectivo, en un lugar que se utilizó reiteradamente para guardar los restos de personas que significaban mucho para los que compartieron su espacio vital con ellos en las cabañas que están alrededor.

La mejor conservada se encuentra en la zona Norte. Se trata de los restos de una casa de planta alargada de 2 x 2 m.

En su fuego central localizamos vasijas cerámicas, una de las cuales proporcionó un contenido de gachas de cereal, avalando los datos económicos que proceden del polen (Bueno et al. 2002 y 2005b; López Sáez *et al.* en este volumen). Y, desde luego, los que conocemos por la paleodieta, que confirman la alimentación cerealística de los enterrados en El Castillejo.

La inclinación del terreno hace sugerente la idea de que los accesos se realizasen por la parte más baja del cerrito que alberga la sepultura, que, según sabemos a partir de los datos de la excavación, debió estar cubierto de encinas y zonas abiertas donde plantar cereal y legumbres, como quiere transmitir la imagen hecha por Balawat.

El molino ya mencionado de otra de las cabañas, en el que se trituraron bellotas, aporta otro elemento económico de interés: el aprovechamiento



Recreación del aspecto del hábitat del túmulo del Castillejo, realizada por Balawat.

organizado de la dehesa. Éste es un hecho bien documentado en las explotaciones tradicionales ibéricas. Las bellotas de las encinas, el corcho de los alcornoques, el pasto para los rebaños o la recolección sistemática de miel, que tenemos verificada en el nivel bajo túmulo del dolmen de Azután (Bueno *et al.*, 2005a). Todo un espectro de recursos siempre asimilado a desarrollos más recientes dentro de la Protohistoria, que la metodología empleada en el proyecto de Huecas ha permitido fijar en el Neolítico Medio.

La inédita confirmación de la alimentación neolítica que nos proporciona el estudio de paleodieta es el dato definitivo, junto con todos los expuestos para romper con la pobre imagen de las zonas interiores y reparar en que ésta se cimentaba más en nuestros desconocimientos que en los que les achacábamos a los grupos del pasado.

Estos estudios de paleodieta, junto con los ya publicados de los enterrados en el dolmen de Azután (Bueno *et al.* 2005a), son los únicos de los que disponemos para las cronologías más antiguas del megalitismo ibérico, aportando datos muy reveladores no sólo sobre alimentación, como ya hemos dicho, sino sobre posibilidades de supervivencia de los adultos más envejecidos o de los niños, a partir de la ingestión de gachas, de la ingesta de leche.

		AZUTAN	EL CASTILLEJO
Dieta Vegetariana	Cereales	↓	↑
	Legumbres Frutos secos		
Dieta Cárnica	Proteínas animales	↑	↓
	Pescado Molusco Crustáceos		?
Complemento de dieta	Productos lácteos	X	X

Comparativa de los resultados de los análisis de paleodieta del dolmen de Azután y El Castillejo, Toledo, según Bueno *et al.* 2005b

Las cabañas de El Castillejo son las más antiguas del Valle de Huecas y nuestro plan de actuación incluía la continuación de la excavación hacia la parte más baja del Túmulo del Castillejo. Precisamente en ese área se trazó la cuadrícula T3 para la prospección geofísica (Ruiz *et al.* en este volumen), confirmando plenamente nuestras expectativas.

Las estructuras que se definen en la imagen interpretativa de este cuadrante (Ruiz *et al.* en este volumen) podrían estar definiendo el primer núcleo de habitación organizado del Neolítico medio en la Meseta Sur, pues los que conocemos hasta el momento carecen de referencias cronológicas o son indicios de yacimientos que debieron ser mayores, pero que no ha habido oportunidad de contraste arqueológico. Cabañas de tendencia alargada y silos circulares, reiteran las estructuras documentadas en nuestro corte 2 del Túmulo del Castillejo (Bueno *et al.* 1999).

La conexión estrecha entre áreas de habitación y áreas funerarias que venimos proponiendo (Bueno *et al.* 2002 y 2005a) se consolida, aportando otro valor al conjunto de yacimiento que estudiamos: el contraste entre los datos de la cotidianidad y los del mundo singular de la muerte, para ofrecer parámetros reales acerca de la especificidad de los registros funerarios. Ese es uno de los factores más importantes del proyecto de Huecas, que, en el caso de El Castillejo, nos asegura que los ajuares mortuorios no son piezas comunes en el devenir diario de los constructores de la sepultura.

Las áreas más llanas del entorno lagunar

Las cabañas de El Castillejo ocupan la misma posición algo elevada que la sepultura descrita, lo que las configura como un hábitat por encima del nivel de la laguna en fechas del V e inicios del IV milenio cal. BC.

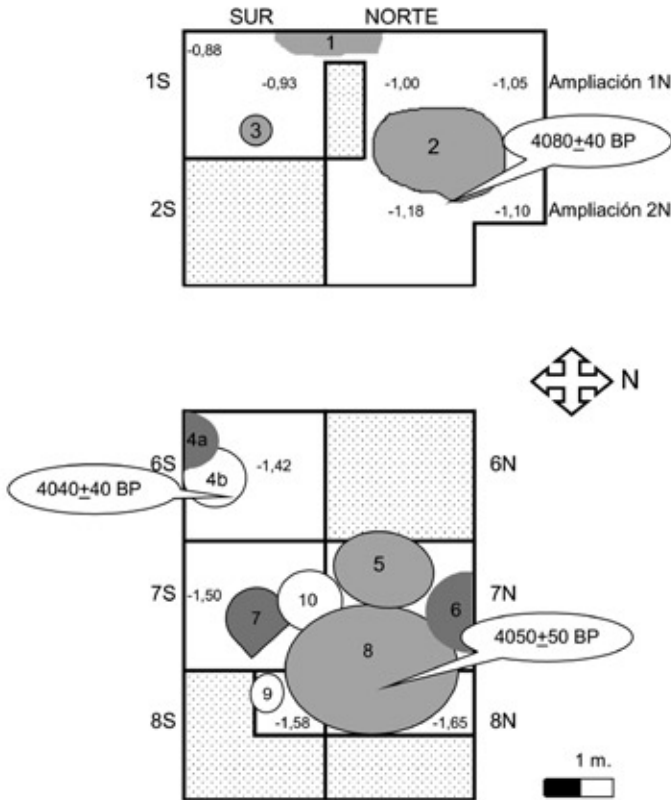
Hasta el momento podíamos definir el poblamiento en el Valle de Huecas a partir de los ya mencionados sondeos en El Castillejo, los de Los Picos - Fontarrón (Bueno *et al.* 2004) y El Pozo. Las zonas altas tienen en la necrópolis de Valle de las Higueras la evidencia palpable de una ocupación paralela de distintas cotas, para analizar con mayor detenimiento las tradicionales pautas de ubicación de los grandes poblados de la prehistoria reciente interior (Bueno *et al.* 2007a).

A estos datos arqueológicos hay que sumar ahora los resultados obtenidos por los sondeos de la empresa *ANTHROPOS, S.L.* en las riberas del Arroyo de Huecas, que consolidan la hipótesis de las ocupaciones de las primeras terrazas de los ríos de modo preferente, en un modelo que tenemos contrastado en otras asociaciones área funeraria/área de habitación a lo largo de la cuenca interior del Tajo (Bueno *et al.* 2002: 74; 2005a: 22).

La verificación de estructuras habitacionales tiene dos puntos confirmados mediante excavación arqueológica, uno 500 m. al Sur del Castillejo, sondeamos el área de Los Picos-Fontarrón (Bueno *et al.* 2004), localizando dos estructuras, posibles casas rectangulares de lados redondeados, a las que se asocian excavaciones circulares que harían el papel de silos de estos recintos habitacionales. Su cronología C14 de la primera mitad del III milenio cal. BC., (Bueno *et al.* 2004) avala la continuidad poblacional y la proximidad a la zona del humedal.

También en las casas realizamos las analíticas arriba descritas, confirmando la presencia de vasijas con cebada y gachas de bellota, indicios del consumo de lácteos, quizás en forma de requesón o queso, y de sal. El uso de cerdos establecidos añade recursos a una cabaña ganadera que ya en el Neolítico, como sabemos por El Castillejo, contaba con ovicápridos (Bueno *et al.* 2004)

La intensificación del modo de vida agropastoril tiene en los muestreos realizados en Los Picos - Fontarrón una secuencia de las más compactas de todo el interior peninsular. De hecho cronologías de la primera mitad del



Cortes realizados en el poblado de Los Picos con las fechas obtenidas y detalle fotográfico de las estructuras allí localizadas.

III milenio cal. BC. no son nada comunes en la zona, por lo que las de este establecimiento engrosan los escasos listados de un Calcolítico que tiene sus constataciones cronológicas más abundantes a partir del Campaniforme.

La posibilidad de enlazar las cronologías del IV milenio cal. BC. con las de inicios del III milenio cal. BC, pese a algunos huecos, es totalmente inédita

en la Meseta e insiste en amplias recurrencias habitacionales que justifican la intensificación económica detectada en los análisis palinológicos (López Sáez *et al.* en este volumen), además de en el resto de referencias arqueológicas que hemos valorado en más de una ocasión (Bueno *et al.* 2000, 2004, 2006).

Los campos de cereal debían estar muy cerca del yacimiento (López Sáez *et al.* en este volumen) y la explotación de los recursos de la dehesa continuaba siendo uno de los distintivos de la economía de estas áreas interiores.

Los restos relacionados con la fabricación del metal del área de Los Picos nos permiten reconstruir el proceso de fabricación de las piezas metálicas de cobre que en forma de simples punzones, o de armas más sofisticadas, puñales o puntas de jabalina aparecen en los contextos de uso doméstico o en los funerarios, en este caso amortizados como elementos de ajuar que acompañan al difunto.

Conseguir el mineral no sería muy difícil pues conocemos varios afloramientos en Madrid y Toledo. A ello se une un fragmento de vasija-horno, con escorificaciones en su pared, encontrado en Los Picos (Bueno *et al.* 1999) que muestra el uso de recipientes cerámicos a modo de hornos para transformar el metal que después sería calentado, martilleado o fundido en crisoles para ser vertido en sencillos moldes de madera, piedra o arcilla. Un proceso nada complejo y de fuerte componente doméstico que está documentado en vasijas hornos similares en otros yacimientos de la Meseta (Rovira y Montero, 1994). Un hacha localizada hace uno años cerca del pueblo muestra, además, que no tardaron mucho en conocer la aleación cobre - estaño para fabricar bronce de buena calidad.

El dibujo de Balawat restituye una imagen cotidiana de una familia a la puerta de su cabaña, en la que se observan los animales domésticos más comunes y los objetos de uso diario, incluida la cerámica. Su animación en la página de Internet (<http://www.balawat.com/huecas/pcastillejo.html>) de la empresa incluye las informaciones de nuestro trabajo de campo, y es un buen sistema para aproximarse a lo que sería el devenir diario de los grupos agropastoriles del interior peninsular.

Los resultados de la prospección geofísica en la cuadrícula T2 que incluye el área de este poblado y la otra orilla del humedal, aportan interesantes



Recreación de una escena familiar de un poblado prehistórico inspirada en los datos obtenidos por nuestro equipo en Los Picos, realizada por Balawat.

evidencias, como se desprende de la imagen interpretativa obtenida a partir de los resultados del georradar (Ruiz *et al.* en este volumen).

En ella los hallazgos demuestran la ocupación de ambas márgenes del arroyo, como se deducía de la dispersión de materiales arqueológicos. Pero añaden un elemento de enorme valor: la presencia de estructuras de tamaño importante, que como la de casi 15 m. de la margen derecha del arroyo, podrían representar edificios singulares. Su planta estrictamente oval lo aleja de los túmulos tipo Castillejo o TVH, desde luego sin que podamos descartarlo hasta su investigación arqueológica. Pero nos resulta muy sugerente la hipótesis de que se trate de cabañas de mayor tamaño, al estilo de las que están comenzando a documentarse en emblemáticos yacimientos de Levante (Bernabeu *et al.* 2003).

En la margen izquierda los hallazgos de la geofísica redundan en la complejidad de los hábitats de fondos, pues aluden a una posible estructura de fosos concéntricos, que sólo podremos confirmar con la correspondiente documentación arqueológica.

El cuadrante T1 de la prospección geofísica se implantó en el sector del que tenemos más escasos datos, el más próximo a la población actual. La intervención de urgencia en el área denominada El Pozo, con materiales desde

el Calcolítico al período romano, planteaba posibles localizaciones. Efectivamente, la imagen que se presenta en el trabajo correspondiente (Ruiz *et al.* en este volumen) sitúa alineaciones circulares que coincidirían con la progresión del yacimiento de El Pozo hacia el Sur, asegurando de nuevo la continuidad del hábitat a lo largo del Bronce (Bueno *et al.* 2000: 74), y valorando las largas secuencias que nuestro equipo viene proponiendo para la comprensión de la evolución de los paisajes agropecuarios de la prehistoria reciente del interior peninsular (Bueno *et al.* 2005a; 2007a y 2007b).

La extensión de las zonas llanas hacia el Norte disponía de indicios de concentración habitacional al pie de Valle de las Higueras. La prospección geofísica (Ruiz *et al.* en este volumen) arroja sobre ellos una de las imágenes más nítidas y espectaculares de este tipo de poblados en la Meseta Sur.

Nos referimos a la representación de estructuras oblongas asociadas a formas circulares más pequeñas, de en torno al metro de diámetro, que reflejan con toda probabilidad una sistemática similar a la ya descrita en los dos núcleos anteriores. La diferencia con éstos estriba en que la concentración de posibles silos es más compacta, reiterando fórmulas bien conocidas en los poblados calcolíticos del Suroeste, que nos alegra constatar, puesto que la habíamos propuesto para valorar las asociaciones habitacionales más coherentes en relación con necrópolis del estilo de la de Valle de las Higueras (Bueno *et al.* 2007a: 785).

La alineación de las anomalías de mayor tamaño dibuja otro núcleo habitacional, que posee en su interior una zona de silos agrupados, lo que sólo podrá contrastarse con el correspondiente registro arqueológico.

Como en T2 se realizó la geofísica al otro lado del arroyo, en su margen derecha. Y de nuevo se localizó una gran estructura de casi 15 m. de diámetro, esta vez acompañada por otra de perfil francamente poco común y bastante más lineal que no puede menos que recordar al “patio” que reúne el acceso a las cuevas sepulcrales de Camino de las Yeseras (Liesau *et al.* 2008). Ciertamente esta interpretación necesitará del correspondiente respaldo arqueológico, pero la densidad que se registra en uno de sus laterales proponiendo una cierta profundidad la hace extremadamente interesante.

Con todo ello, las expectativas que manifestamos acerca del espectro demográfico que debió sustentar el nivel económico, social y simbólico que ex-

plicitan las necrópolis del Valle de Huecas y del Valle de las Higueras (Bueno *et al.* 1999, 2000, 2007a) quedan corroboradas de modo definitivo con la definición de tres núcleos habitacionales en el área más próxima a los yacimientos funerarios del Valle de Huecas y del Valle de las Higueras. Y otro núcleo más, conectado con la actual ubicación de la localidad de Huecas.

Necrópolis en altura: Valle de las Higueras

La imagen de las amplias llanuras terciarias de la cuenca del Tajo se caracterizó siempre por los poblados de fondos de cabaña. Y, como decíamos al principio de estas páginas, por los escasos indicios de costumbres funerarias que contribuyeron a insistir en la pobreza de sus habitantes.

Pero lo cierto es que la figura plana, tan del gusto de la mayor parte de la literatura científica de la Prehistoria Reciente de nuestra zona, se completa con la presencia de macizos yesíferos o silicíferos -como el nuestro-, que pese a no presentar alturas muy destacables, sí resultan notorios en el duro paisaje regional.

De ahí que nuestros trabajos en Huecas constituyan una buena referencia de futuro para el análisis del poblamiento de esas grandes áreas llanas, porque no podremos volver a valorar ahora el uno sin el otro. Las zonas de habitación sin sus necrópolis anexas, una de cuyas ubicaciones sería la falda sur de los cerretes que rodean estos grandes poblados.

El conocimiento que tenemos de agrupaciones semejantes en El Algarve (Morán y Parreira, 2004), en la Península de Lisboa (Gonálves, 2005) o en Andalucía (Lazarich, 2005) sugiere que estas necrópolis aparecerán también en las áreas llanas del Tajo, como ya indican Camino de las Yeseras (Liesau *et al.* 2008) o La Salmedina (Berzosa y Flores, 2005), que hemos propuesto interpretar como necrópolis hipogeas de carácter megalítico, a partir de los datos obtenidos en Huecas.

Ya argumentamos la relectura de datos antiguos, algunos de ellos de tanto impacto como Ciempozuelos, que de ser considerado el ejemplo paradigmático del sistema individual de enterramiento asociado al grupo campaniforme del mismo nombre, puede verse tras nuestros trabajos en Huecas

(Bueno *et al.*, 2000: 72) como una necrópolis de cuevas artificiales en las que se depositaron ajuares campaniformes. Su relación arquitectónica y artefactual con el conjunto más conocido de cuevas artificiales de la Península Ibérica, el de la zona de Lisboa, hace de nuestra necrópolis novedosa referencia, entre otras razones por su excavación a partir de yacimientos no trastocados. De ese modo la recuperación de materiales de yacimientos emblemáticos del Suroeste (Soares, 2003) obtiene contextualizaciones más convincentes que las derivadas de su cuenteo y descripción.

El trabajo que venimos desarrollando tiene como principal objetivo delimitar al máximo sus arquitecturas funerarias, las relaciones mantenidas entre unas y otras, su cronología. En suma, obtener una imagen lo más completa posible de un tipo de necrópolis totalmente inédito hasta el inicio de nuestros trabajos en la Meseta Sur.

Para obtenerla hemos contado con el apoyo de la prospección con magnetómetro ya citada (Wheatley *et al.* e.p.), a la que podemos sumar los resultados del trabajo con georradar de Gypsia (Ruiz *et al.* en este volumen). La perspectiva arqueológica, más la que añaden las imágenes de ambas prospecciones geofísicas convierten la necrópolis de Valle de las Higueras en la única del centro-occidente peninsular en la que podremos establecer pautas entre las sepulturas, con la convicción de que estamos trabajando con un número muy cercano a su realidad pasada.

Nuestra hipótesis de un núcleo central con añadidos al Este y al Oeste del mismo se confirma, pues la zona más oriental, representada exclusivamente por cueva 5, posee evidencias detectadas por georradar que proponen otra concentración importante. En ella se aprecian circunstancias como la proximidad de estructuras oblongas a las zonas más llanas, que además de proponer posibles localizaciones al estilo de los Túmulos de El Castillejo y de TVH apuntan a la posibilidad de su inserción en contextos habitacionales. Definir ésta y, sobre todo, su cronología con el fin de comprender la evolución del uso en la necrópolis, es una tarea que esperamos emprender en próximas campañas.

En la prospección geofísica destaca otro dato. Es el de las pequeñas detecciones lineales o en curva, que aluden a algún tipo de contención, como las que comenzamos a definir en el área central de la necrópolis en la campaña del



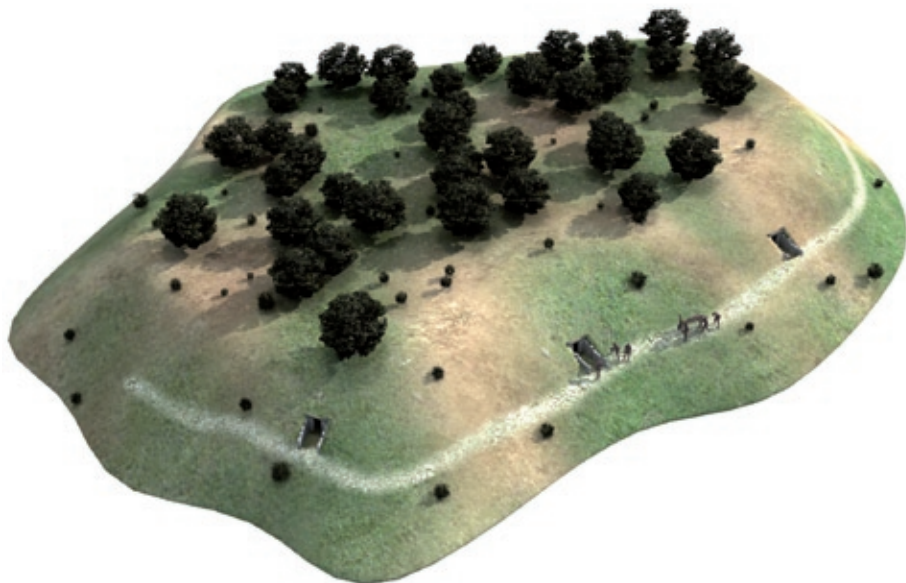
Vista aérea de la falda sur del cerro de Valle de las Higueras. Foto Ángeles Carrasco.

2008. Esta perspectiva situaría la mencionada necrópolis como una de las escasas referencias de territorios funerarios con delimitaciones expresas, al estilo de algunos de los más notables ejemplos europeos (Mohen y Scarre, 2002), abriendo interesantes expectativas para aplicaciones de este tipo en territorios semejantes de la zona centro, en los que se vienen constatando en los últimos años necrópolis de carácter hipogeo (Bueno *et al.* 2000; 2007a: 785).

No nos cabe duda de que otras mesas del entorno del Valle tuvieron sepulturas y la ubicación de cueva M sobre el coluvión reciente, tal y cómo se describe en el estudio geológico (Uribelarrea *et al.* en este volumen). Es un interesante indicio que habremos de contrastar mediante su excavación.

La mesa de Valle de las Higueras se eleva entre el Valle de Huecas, que queda al Norte y el propio Valle de las Higueras, que queda al pie de las sepulturas, todas ellas orientadas al Sur/Sureste.

En su gran mayoría se trata de estructuras mixtas, es decir, excavadas en la roca natural y construidas artificialmente en su zona externa. El paramento visto se realizó con lajas de caliza y, en ocasiones, con una amalgama de barro muy oscuro y piezas calizas pequeñas y medianas, al estilo del documentado en el Castillejo. Hemos localizado, además, una sepultura en el propio Valle de las Higueras, TVH, que mantiene una ubicación similar a la del Castillejo.



Recreación de una vista cenital de la necrópolis de Valle de las Higueras, Hucacas, realizada por Balawat.

En el momento de su uso, las zonas visibles serían las construidas artificialmente, imagen que Balawat ha interpretado en el dibujo adjunto.

La organización de la necrópolis era uno de nuestros intereses específicos en relación con informaciones de este tipo procedentes de cementerios semejantes en la Península de Lisboa (Gonçalves, 1994). Ésta se advierte en las distancias entre tumbas (Cerrillo *e.p.*), que respetan medidas muy próximas entre los 20 y 40 m. La traslación de ese orden al interior es perceptible en la posición de los depósitos en las tumbas (Bueno *et al.* 2005c). Ello permite deducir que la propiedad de las parcelas funerarias estaba bien definida y que debieron existir oficiantes o personas encargadas de dirigir el ritual de la muerte, y de organizar los depósitos a lo largo del uso de la necrópolis.

Del total de las estructuras excavadas, hemos finalizado el estudio en las cuevas 1, 3 y 5, además de en la cámara de TVH. Sus resultados están en prensa en un volumen dedicado a ello, que esperamos vea la luz de modo inminente.

La mejor conservada desde el punto de vista arquitectónico es la cueva 1, la primera documentada y excavada.



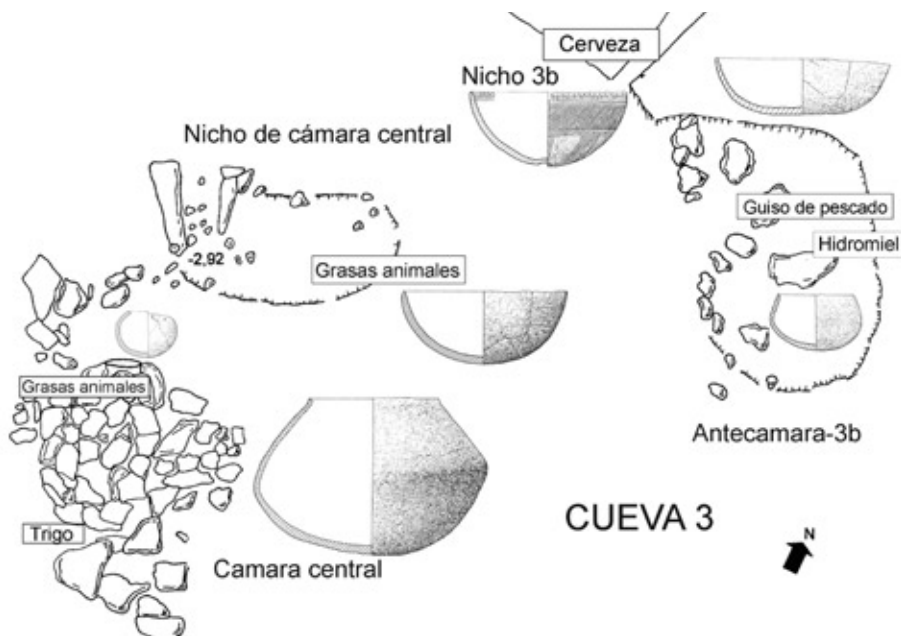
Vista de la cueva 1 de la necrópolis de Valle de las Higueras, tras su excavación.

Foto R. de Balbín.



Detalle del enterramiento triple del nicho 3c de la cueva 3 de Valle de las Higueras, Huecas.

Foto R. de Balbín



Resultados de los análisis de contenidos de las cerámicas de la Cueva 3 sobre planta final de la misma, a partir de Bueno et al. 2005c.

Su gran cámara, de 3 x 2 m. de diámetro, repite sistemáticas bien conocidas en el área lisboeta, adjuntándosele una antecámara, previo pasillo de conexión, y un nicho al Oeste de la cámara principal. Metal, adornos de variscita y ámbar, y campaniforme, se asocian a una fecha C14 (Beta-145275): 3890 ± 40 BP, presentando una imagen totalmente inédita de los grupos calcolíticos del interior (Bueno *et al.* 2000, 2005c, 2007a), muy alejada de los famosos “*décalages*” cronológicos y culturales.

La buena conservación del interior de cueva 3, no tuvo la suerte de coincidir con una estructura sólida, pues las zonas vistas tenían un gran componente de barro. De sus prolijos hallazgos en restos humanos y ajuares, hemos dado cuenta abundante (Bueno *et al.* 2004 y 2005c).

Si todo en Huecas es novedoso, probablemente lo más llamativo es el hecho de haber podido demostrar con analíticas de variado espectro, todo un complejo ritual de comidas y bebidas asociado al mundo de la muerte (Bueno *et al.*, 2005), en el que los restos de cueva 3 han sido fundamentales.

Y ello no sólo por los espectaculares datos de un ritual alimenticio plenamente configurado a mitad del III milenio cal. BC., sino porque éste se

desarrolla en el marco ideológico atribuido al Campaniforme Ciempozuelos, en cuyo territorio más definidor se localiza nuestra necrópolis.

Efectivamente los difuntos de Huecas recibieron cerámica campaniforme, pero las vasijas decoradas están realizadas con pastas locales. Los personajes que las recibieron se incluyen en los depósitos colectivos, y el resto de su ajuar no los diferencia excesivamente. Las asociaciones del campaniforme en Huecas no recogen ni metal ni adornos sofisticados, si las consideramos individualmente. Pero si las valoramos en el marco de la colectividad del depósito, esencialmente con los datos de cueva 3 (Bueno *et al.* 2005c), entonces sí comparten elementos más complejos del famosos “paquete” campaniforme.

A ello podemos sumar que los contenidos relacionados con el campaniforme como las bebidas alcohólicas y la comida se dan por igual en vasijas lisas, diluyendo el papel singular y exclusivo de estas vasijas, en el entramado ideológico del ritual de los ancestros protagonizado por el megalitismo. Y en la zona más emblemática del Campaniforme inciso, con las más antiguas cronologías documentadas para este tipo de cerámicas.

Un guiso de pescado, conservas de cerdo, trigo, hidromiel y cerveza son algunos de los alimentos ofrecidos a los muertos para aliviar su tránsito a la otra vida, sustentando nuestra hipótesis de que las vasijas cerámicas, tan propias de todo el recorrido cronológico del megalitismo ibérico, sirvieron para contener alimentos y bebidas. Por tanto el ritual descrito tendría sus más profundas raíces en el desarrollado desde el Neolítico Medio en los monumentos megalíticos.

Junto con sepulturas más grandes como la 1 y la 3, en la necrópolis se realizaron arquitecturas más pequeñas para albergar uno, dos o más individuos, reiterando asociaciones conocidas en las fases recientes de todo el megalitismo ibérico. Un sepulcro mayor se rodea de estructuras menos destacadas, reflejando probablemente organizaciones de linajes más y menos destacados. O aproximaciones buscadas al prestigio de determinados conjuntos sociales.

Nuestro trabajo aún tiene un recorrido temporal amplio, entre el que contemplamos la verificación arqueológica de las localizaciones de nuevas sepulturas y probables áreas de habitación obtenidas en este proyecto (Ruiz *et al.* en este volumen), pero podemos afirmar que Huecas constituye un antes y un después en las consideraciones del calcolítico interior y de su elemento más conocido, el Campaniforme (Bueno *et al.* 2007b).

Diacronías y sincronías de la Prehistoria Reciente en el Valle de Huecas

La geología del valle (Uribelarrea *et al.* en este volumen) configura una plancha caliza que recibió siempre las aguas procedentes de los macizos silíceos que se localizan en las cotas más altas; el Valle de las Higueras entre ellos. Así se producía todos los inviernos un embalsamiento de agua de modo natural, que dispondría de reductos en la primavera y el verano utilizables para el pasto de los animales, favoreciendo el desarrollo de una sencilla economía aldeana en el entorno del humedal.

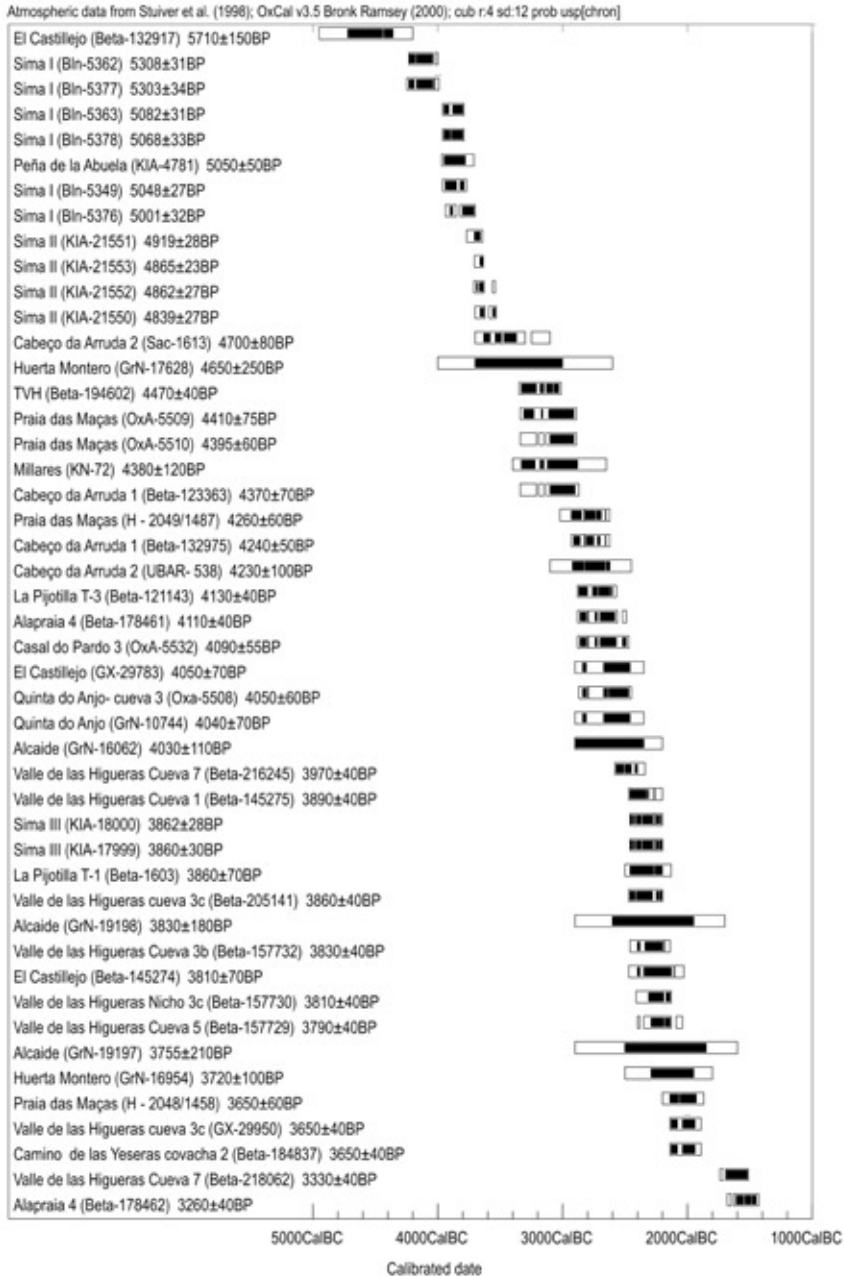
La imagen que tenemos de una amplia gama de yacimientos semejantes en todo el interior peninsular dibuja superficies llanas, casi en la cota de los acuíferos, planteando una proximidad que ahora tenemos constatada, es sólo fruto de la colmatación de los aluviones del Holoceno más reciente.

Y si bien esta disposición parece de sentido común, lo cierto es que no se había demostrado aún en ningún caso de los amplios yacimientos de fondos de cabaña asociados a la red hidrográfica del Tajo, que caracterizan el panorama del Calcolítico al Hierro en todo el interior peninsular.

Las fechas AMS de los yacimientos de Huecas (Bueno *et al.* 2005c; 2006, 2007a) constituyen la primera secuencia compacta desde inicios del IV milenio cal. BC hasta casi finales del III milenio cal. BC. que certifica el uso largo de estos espacios asociados a humedales en la Meseta Sur.

El sector más pobre en datos hasta el momento es el más cercano al pueblo actual, que aún mantiene contacto con el humedal. En él tenemos la confirmación de fondos de habitación con materiales calcolíticos y del Bronce, en El Pozo, que se detectan por debajo de indicios más recientes, de modo notable asociados a ocupaciones romanas.

La conexión de estas últimas referencias con las cronologías TL, documentadas por Uribelarrera *et al.* (en este volumen), es del mayor interés pues permite asociar la colmatación del humedal con la retirada del poblamiento hacia la zona que ocupa el pueblo actual, definiendo claramente dos grandes etapas en el uso del valle: la conectada con la Prehistoria Reciente en la que los hábitat se localizaron en el amplio valle del arroyo de Huecas, en la terraza +



Cronologías calibradas de estructuras de mampostería en el interior de la Península Ibérica, según Bueno *et al*, 2007.

2 m. y la del Hierro-Moderna, en la que la colmatación del humedal obligó a trasladar las zonas de habitación hacia los sectores más altos del fondo de valle,

en el extremo menos afectado. Los efectos de la misma son también evidentes en el análisis de la evolución palinológica, en el que se aprecia una deforestación progresiva, muy notable en las etapas más recientes de colmatación del acuífero que los investigadores sitúan (López Sáez *et al.* en este volumen), en momentos semejantes a los observados en el estudio geológico.

Los datos arqueológicos confirman la posición de los núcleos de momentos recientes, pero también señalan que en el Calcolítico se habitó la zona más próxima al pueblo actual. Con ello podemos certificar la gran extensión de las áreas de habitación en el III milenio cal. BC. y la notable retracción en momentos del I milenio, pues en los sectores de arroyada en abanico, descritos por Uribelarrea *et al.* (en este volumen), no se detectan asentamientos romanos, que ahora sabemos no pudieron producirse por la colmatación descrita.

El problema de la dedicación actual del área de habitación más reciente, con vertidos y escombros, se agrava con la extracción de tierras para relleno. Precisamente con ocasión de uno de estos procesos es cuando hubo de realizarse la intervención urgente que permitió documentar el yacimiento de El Pozo, en el que se localizaron materiales Cogotas I. Con ello tenemos un registro arqueológico que da continuidad, al menos, hasta finales del II milenio a.C. al poblamiento del valle, diseñando el mismo paisaje de fondos de cabaña que conocemos en Los Picos - Fontarrón. Esta etapa carece por el momento de registros geológicos y palinológicos específicos pero todo invita a pensar en una economía igual de diversificada, y una actividad antrópica transformadora del paisaje en la misma línea de actuación de las comunidades anteriores, acentuando los graduales procesos de deforestación vigentes.

La proyección del modelo obtenido en Huecas a una parte importante de yacimientos de la Meseta Sur, relacionados con encharcamientos del mismo estilo, tiene una viabilidad manifiesta.

A partir de éste podemos proponer una de las explicaciones a la importante concentración de restos en superficie de un genérico calcolítico- Bronce, cuando se afrontan las prospecciones tradicionales. Ahora sabemos que la posición de estos poblados en las zonas de abanico y la colmatación holocena dificultan la presencia de asentamientos romanos de no ser en las cabeceras de estos humedales, en los que se localizan las cotas más altas respecto a las calizas de base que los generaron.

Por otro lado, la señalada relación de estos reductos con los asentamientos estables más antiguos del registro prehistórico, se constituye en una referencia valorable en prospecciones futuras, de gran aplicación en la zona centro en la que estas áreas lagunares poseen mucha representatividad.

Otros elementos ventajosos, como la excepcional situación de estos enclaves en los territorios de más fácil tránsito de la Península Ibérica, debió suponerles un añadido estratégico muy favorable para el desarrollo de una economía de intercambio, como se desprende de la procedencia de los objetos de prestigio de los enterramientos de Valle de las Higueras o de las referencias para algunos de los materiales.

Las dos áreas más emblemáticas de la Meseta, por reunir asentamientos y enclaves funerarios del Neolítico al Bronce, Ambrona al Norte y Huecas al Sur, apuntan en esa dirección (Bueno y Barroso, 2006). Y los datos que ahora podemos presentar de Huecas aportan referencias para fijar los tiempos del desarrollo del humedal, que seguro generó y sustentó el interés de los grupos que habitaron el lugar.

Así la Prehistoria Reciente de la cuenca del Tajo se confirma como el asentamiento recurrente en los mismos espacios: Huecas y las amplias llanuras de Cáceres, Toledo, Madrid o Guadalajara, que reiteran condiciones geológicas y paisajísticas, abriendo un abanico de posibilidades de análisis antes nunca contemplado.